Cuando el río suena

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Roberto Cubillas

Norma

—Hablando de ríos —dijo el yacaré mientras todos hablaban del calor—, creciente grande fue la de ese año en que el agua llegó hasta el algarrobo más alto.

—Usted perdone, amigo yacaré —dijo la pulga—, pero nadie estaba hablando de ríos.

—Pero hablaban del calor, ¿y qué se hace cuando el calor aprieta?

—Uno se mete en el río —dijo el bicho colorado.

—Claro que sí —se entusiasmó el piojo—, y ya mismo me largo al agua.

Y desde la cabeza del ñandú pegó un salto y se zambulló en el río.

—¿Vio doña pulga? ¿Vio que estaban hablando del río?

—Puede ser, pero hablábamos del calor más caluroso del mundo y nadie hablaba de la creciente.

—¿No? Usted sabe muy bien que los ríos crecen todos los años...

—¿Qué tiene que ver? Aquí estábamos hablando del calor.

—Eso es lo que yo digo, hablando de los apurones que nos da la vida.

—Usted hablaba de la creciente y no de los apurones.

—Claro, pero si los ríos crecen todos los años, este año también tendría que venir una creciente...

—Eso es cierto —dijo la pulga—, aunque no sé qué tendrá que ver con los apurones. Usted me confunde, amigo yacaré.

—¿Acaso no vio que cuando llega la creciente todos salen a los apurones tratando de escapar?

—Bueno, pero nosotros estábamos hablando del calor.

—Eso digo yo —dijo el yacaré—, estaban hablando de los apurones.

—No, don yacaré, no me confunda.

—¿Hablaban o no hablaban del calor?

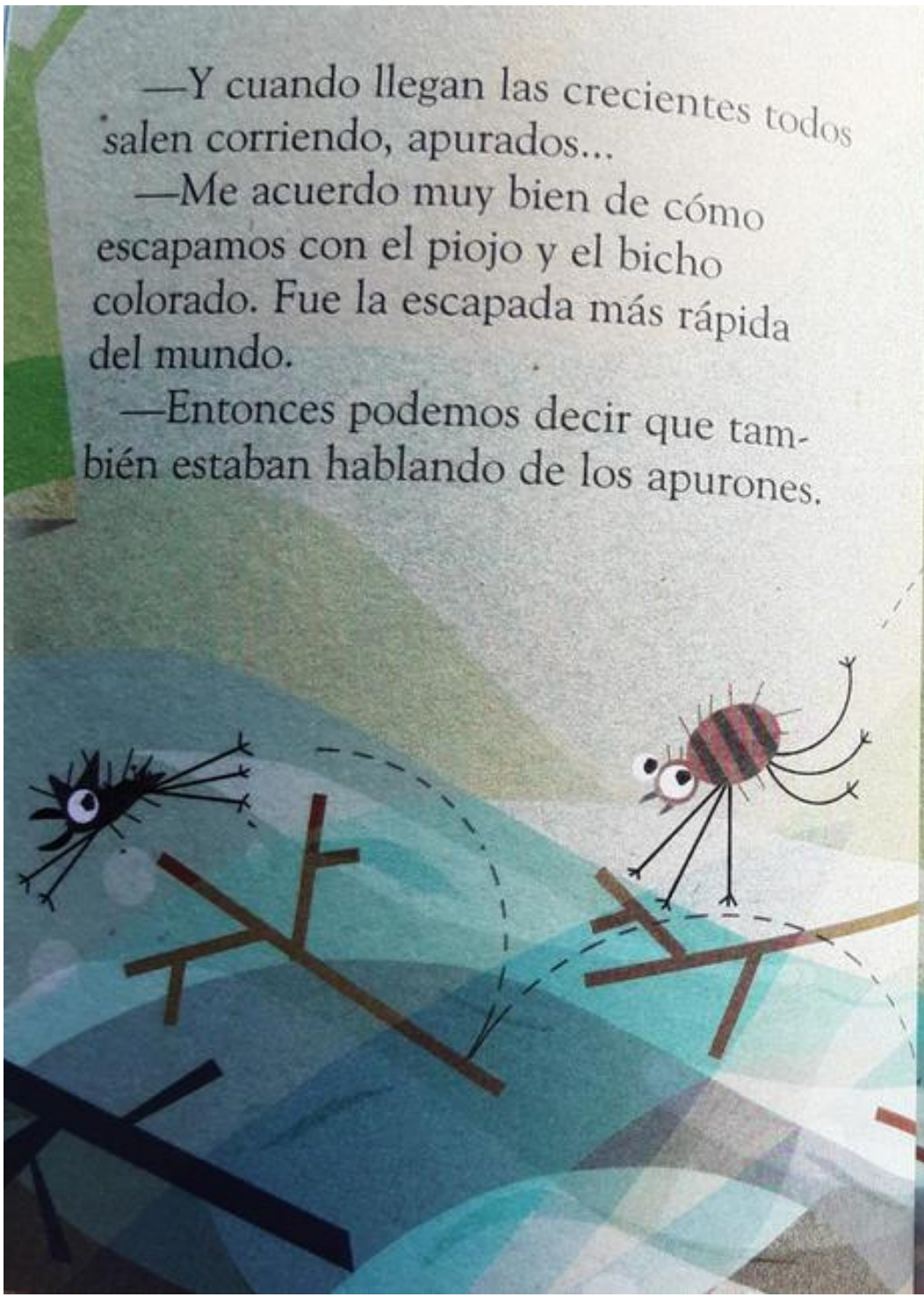
—Sí, de eso sí que hablábamos.

—Y para el calor no hay nada mejor
que el río, ¿no es cierto?
—Eso no lo discuto.
—Y los ríos crecen todos los años...
—También es cierto...

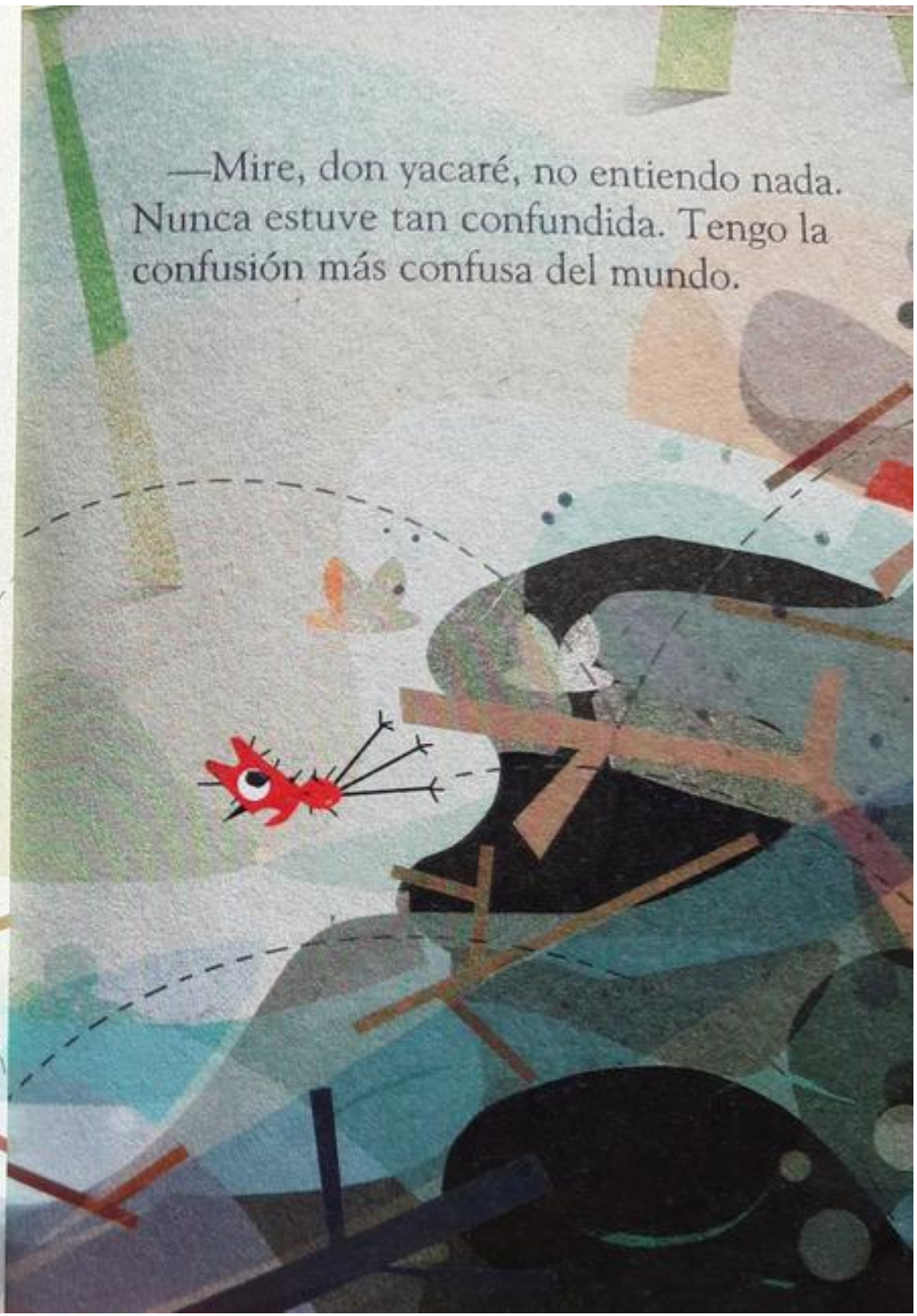
—Y cuando llegan las crecientes todos salen corriendo, apurados...

—Me acuerdo muy bien de cómo escapamos con el piojo y el bicho colorado. Fue la escapada más rápida del mundo.

—Entonces podemos decir que también estaban hablando de los apurones.

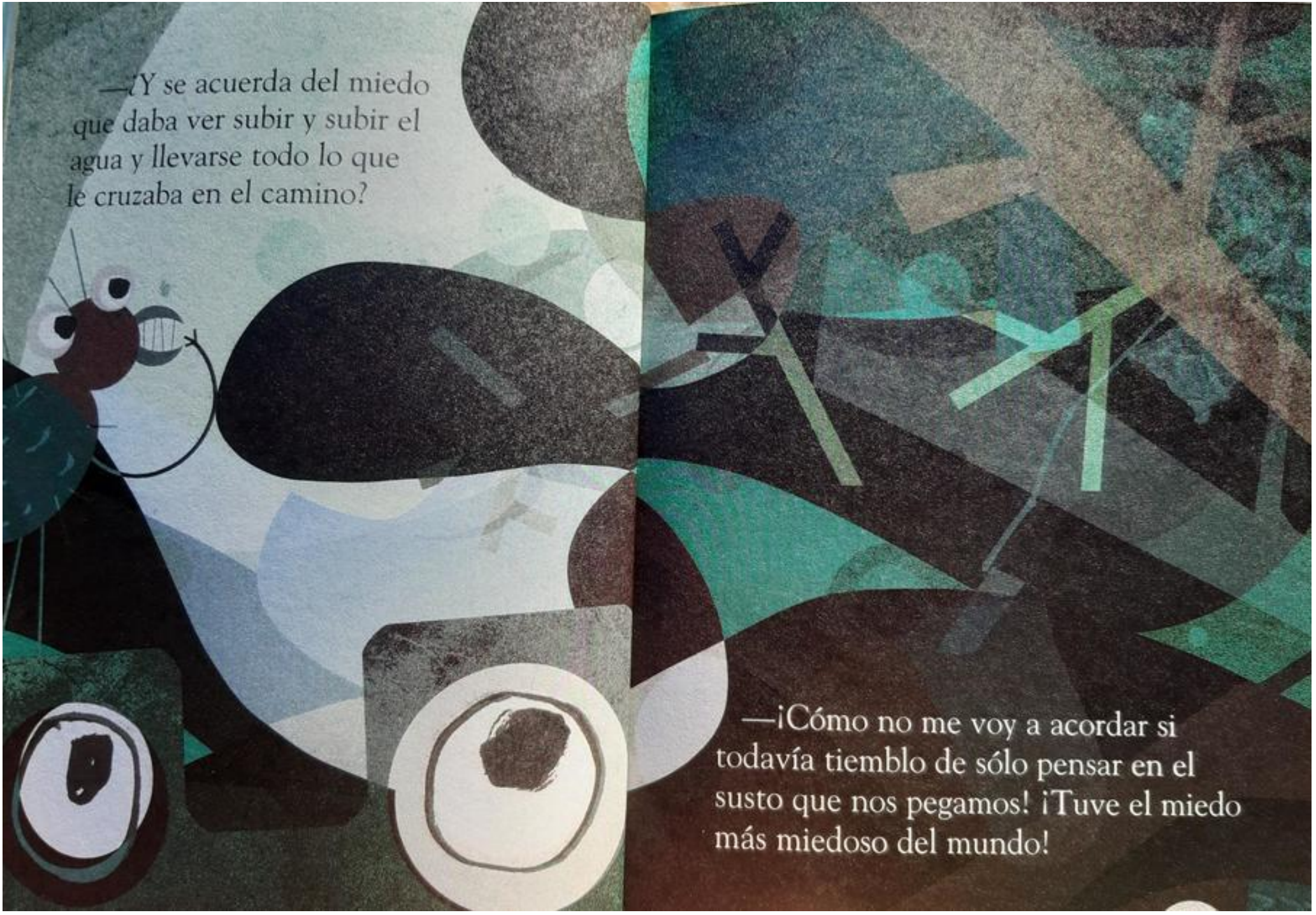


—Mire, don yacaré, no entiendo nada. Nunca estuve tan confundida. Tengo la confusión más confusa del mundo.



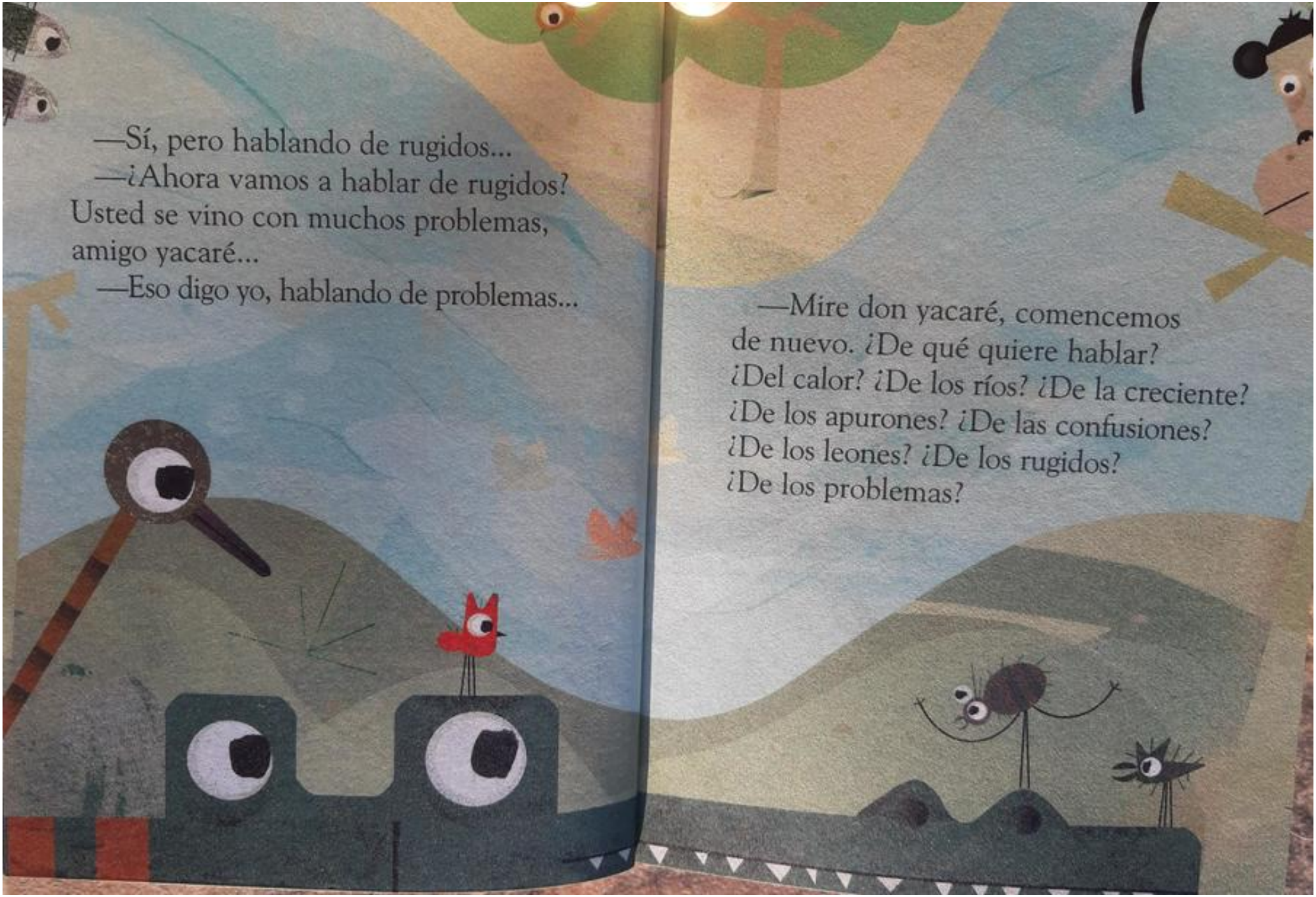
—Ahí quería llegar. Estamos hablando de confusiones... ¿Se acuerda de esa inmensa creciente que arrastraba troncos y camalotes y rugía como mil pumas juntos?

—Claro que me acuerdo...


—¿Y se acuerda del miedo que daba ver subir y subir el agua y llevarse todo lo que le cruzaba en el camino?
—¡Cómo no me voy a acordar si todavía tiemblo de sólo pensar en el susto que nos pegamos! ¡Tuve el miedo más miedoso del mundo!

—Dígame, amiga pulga, ¿y ahora está escuchando ese ruido como del rugido del puma?

—Eso me pareció, pero como ahora somos amigos del puma... Usted sabe que después de la gran pelea del puma y el piojo nos hicimos amigos. Ya no le tenemos miedo.



—Sí, pero hablando de rugidos...
—¿Ahora vamos a hablar de rugidos? Usted se vino con muchos problemas, amigo yacaré...
—Eso digo yo, hablando de problemas...

—Mire don yacaré, comencemos de nuevo. ¿De qué quiere hablar? ¿Del calor? ¿De los ríos? ¿De la creciente? ¿De los apurones? ¿De las confusiones? ¿De los leones? ¿De los rugidos? ¿De los problemas?

—¡Eso mismo! ¡Eso mismo!
¡Y apurémonos de una vez por todas,
que esos no son rugidos! ¿No ven
que la creciente se nos viene encima?
¡Y ustedes meta charlar y no me
dejan explicarles que un segundo
más y vamos a terminar en la otra
punta del mundo!